

La Francia del siglo XIII se vivió a través de la historia de Esplandián de Blanquetafort, señor de un castillo en Aquitania. Su lucha con El caballero Gris y el rescate de la desventurada Minima dan origen a un fascinante relato que muestra costumbres y ambientes del medievo.

La historia de Esplandián, caballero andante, va acompañada de datos y textos, muchos de los cuales nos muestran aspectos poco conocidos de la época.

Las ilustraciones de Francisco Ramos complementan con precisión e ingenio la visión de este periodo de la historia, en la que los caballeros consagraban su vida a la defensa de los oprimidos, a la protección de viudas y huérfanos, y a la lealtad a Dios, al rey y a la dama.



9 789561 206540

Jacqueline Balcells y Ana María Güiraldes

Jacqueline Balcells y Ana María Güiraldes  
Un día en la vida de  
**Esplandián,**  
Caballero Andante





## Esplandián, caballero andante

**A**quitania, invierno de 1146.  
Son las siete de la mañana y el día ya asoma, barriendo tinieblas. Las nubes derraman un hielo penetrante y las ráfagas de viento bajan aullando desde las alturas.

En el castillo de Blanquefort comienzan las actividades.

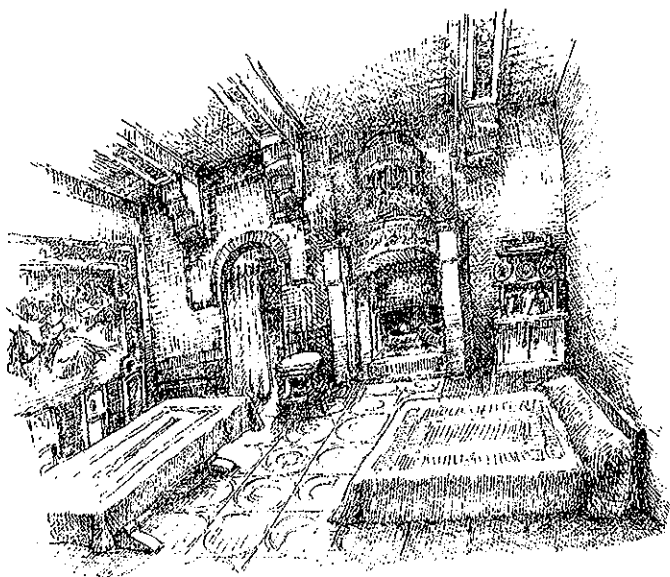
Los sirvientes ya se han levantado y deambulan por la gran sala donde aún duermen la familia de su señor y dos jóvenes hidalgos que allí han pasado la noche.

El aroma del pan recién sacado del horno

## Los primeros castillos

En los primeros tiempos de la época feudal los castillos consistían simplemente en una torre única, rodeada de altas murallas provistas de *almenas* —o torrecillas donde se apostaban los guardias— y de un profundo foso que pocas veces tenía agua y que se cruzaba por medio de un puente levadizo.

En el espacio protegido por las murallas se distribuían dos patios: en el primero estaban los establos, la capilla y los arsenales. En el segundo patio, más reducido y defendido por otra muralla, se levantaba la torre. Debajo de ésta, en húmedos y sombríos subterráneos, estaban las celdas para prisioneros: y en la planta



des-  
pierta a  
Esplandián, quien  
bosteza ruidosa-  
mente y se levanta

de un salto, obligando a los que duermen a su alrededor a abrir los ojos e imitarlo.

Esplandián, de veinte años, es el hijo mayor del recientemente fallecido Laurcalco de Blanquefort. Ahora es el señor del castillo y se ha hecho cargo de su madre y hermanos pequeños. Hacía apenas un mes que había sido armado caballero.

Sobre sus calzas\* granates deslizó rápidamente el mismo jubón\* café del día anterior, se echó a la espalda una capa de piel blanca y luego acomodó su cabellera con la punta de sus dedos. Ya estaba listo para enfrentar el día.

En una cama rodeada de cortinajes,

baja se almacenaban los víveres. En el segundo piso había una amplia habitación donde el señor, su familia, sus sirvientes y los huéspedes se reunían, comían y dormían.

Cuando llegaba la hora de dormir, se colocaban biombo y cortinajes. Sólo el señor del castillo tenía una habitación privada en el piso superior, y esto no siempre sucedía. Esta

promiscuidad que hoy sería tan fastidiosa, en aquella época era un signo de señorío y, por otro lado, el dormir todos juntos contribuía a protegerse del terrible frío de los inviernos.

Entre un piso y otro se subía y bajaba mediante escalas de caracol o sogas. Y en lo alto de la torre estaba la *atalaya* o mirador, desde donde se vigilaba una amplia zona de los alrededores.

## ¿Y los muebles?

Cuando los turistas visitan un castillo de la época feudal, siempre se extrañan de la falta de muebles. Aparte de que mil años son muchos para conservar la madera con que en ese tiempo se construían mesas, cofres y

armarios, en los castillos medievales había muy pocos muebles. En las salas y habitaciones todo se reducía a una mesa y a algunos bancos y sillas; y en los dormitorios no había más que una gran cama.



Altisidora, también despierta, procedía a vestirse ayudada por su sirvienta. Lo hizo con desgano: esa noche había dormido mal y una pesadilla que se repetía cada vez que cerraba los ojos la había mantenido prácticamente en vela, escuchando los rítmicos ronquidos de los que allí dormían. Soñaba con un balcón de alas gigantescas que se lanzaba en picada contra Esplandián. Éste se defendía con una espada roja, y cada vez que el ave estaba a punto de ensartar con su pico los ojos de su hijo, Altisidora despertaba bañada en sudor.

En unos minutos estaban todos sentados en torno a la mesa del comedor, tan sólo a unos metros del lugar donde habían dormido los jóvenes caballeros, sus sirvientes y los perros. Esplandián se apoyó en el alto respaldo de su silla y miró con avidez el tocino frío, el plato de verduras cocidas y la carne de jabalí que los criados servían sobre grandes pedazos de pan.

En la enorme chimenea, tres hombres acomodaban un buey faenado que se asaría lentamente para la cena de esa tarde.

Uno de los huéspedes, Galaor, cogió con sus dedos un trozo de carne y se lo llevó a la boca

## Día y noche encendiendo luces

No era muy cómodo vivir en un castillo. El frío era terrible entre las paredes de piedra, y las ventanas, altas y angostas, dejaban entrar un mínimo de luz. Las habitaciones eran tan oscuras, que aun al mediodía se hacía necesaria la luz artificial.

Los más ricos se alumbraban con candelabros de cera que traían de Argelia, de un lugar lla-

mado *Bujía*. Los más pobres se alumbraban con aceite y con grasa, lo que no era agradable porque daba un permanente mal olor.

Los candelabros más elegantes eran de terracota o de bronce y estaban tallados con formas de animales fantásticos o personajes a caballo.



con deleite. Y luego de beber un largo trago de cerveza se dirigió a su anfitrión:

-Os agradecemos vuestra magnífica acogida, Esplandián. Esperamos poder retribuiros cuando visitéis nuestras tierras.

-Olvidaos de agradecimientos, amigos, y preparaos a salir de cacería: veréis que en nuestros bosques corren los jabalíes y venados más soberbios del país. Esta noche celebraremos nuestras hazañas en la caza y recordaremos las proezas de nuestros antepasados que corrieron en busca del Santo Grial. ¡Beberemos hasta hartarnos!

-Será una buena despedida. Mañana saldremos hacia Bourges a juntarnos con otros caballeros antes de seguir a Borgoña, donde el rey Luis nos espera. ¿Sabéis que el Papa ha

## Para no aburrirse: comida, bebida, canto... y más comida

Las ocupaciones de los señores eran la guerra, los torneos y la caza. Pero dentro del castillo no había muchas entretenimientos para ellos. Es por eso que les encantaba hacer festines, que amenizaban con música, cantos de los juglares y gracias de los bufones.

Estas fiestas se realizaban en la única y gran sala del castillo. Los sirvientes servían bebidas y alimento en abundancia, y la glotonería era un vicio general. Los hombres y las mujeres se sentaban por parejas, ocupando sólo un costado de la larga mesa, y compartían plato y vaso. Muchas veces los platos eran

grandes trozos de pan. Cada cual cortaba la carne con su propio cuchillo, pero comía con los dedos. Los huesos y demás restos eran arrojados al suelo, donde los perros se los disputaban.

Como en esa época el agua era muy escasa —sobre todo en los castillos construidos sobre la loma de un cerro—, la dejaban para lavar y cocinar. Por lo general sólo se bebía vino y cerveza, tanto en los banquetes como en la vida diaria. En cuanto al aseo personal, si es que se bañaban lo hacían muy de vez en cuando.



encomendado predicar los méritos de las cruzadas al santo monje Bernardo? -dijo Darinel. Y añadió con los ojos brillantes-: ¡Ardo en deseos de partir! ¿No os animáis a acompañarnos, amigo Esplandián?

Altisidora, que en esos momentos bebía un humeante caldo de pollo, clavó sus ojos en el rostro de su hijo. Se veía tranquilo y complacido. Su firme mentón, su nariz recta y larga y las frondosas cejas que casi cubrían sus ojos claros y confiados le recordaban a su amado Laurcalco, muerto por las heridas que recibiera en un torneo. Temiendo que su hijo se entusiasmara con la idea, no respiró hasta escuchar su respuesta.

-¡A fe mía que la causa de la Cruz me entusiasma! Pero aún no me ha llegado el tiempo de partir: la muerte de mi padre está demasiado cercana y por el momento no puedo abandonar estas tierras -contestó Esplandián, mirando a su madre con ternura.

Altisidora, íntimamente aliviada, se dirigió a los dos huéspedes:

-Caballeros, permitidme pedir os un favor. Si en vuestro camino está Bourges, quisiera entregaros algunas joyas que me pertenecen

## La gran aventura de las cruzadas

Las *cruzadas* fueron la gran aventura de la Edad Media.

Comenzaron a fines del siglo XI, cuando el Papa Urbano convocó al *Concilio de Clermont*, donde exhortó a los caballeros a liberar el Santo Sepulcro de las manos de los musulmanes. Desde ese momento, millares de hombres y mujeres, pobres y ricos, ejércitos y monjes, reyes y campesinos, viejos y niños se

pusieron una cruz de paño sobre sus vestimentas y partieron a combatir a los que ellos llamaron *infielos*, al otro lado del Mediterráneo.

Fueron ocho las cruzadas que se realizaron durante un siglo, y miles las batallas entre árabes y cristianos. Finalmente, hacia 1300, los occidentales fueron definitivamente expulsados de Jerusalén, perdiendo sus últimos bastiones en Tierra Santa.



para ayudar a la construcción de la catedral.

-Será un honor, señora -contestó Darinel -. Se las entregaremos al Dean de Saint Etienne en persona. ¡Elevará sus plegarias por vos ante tan hermoso gesto!

-Ya es la hora de preparar la caza -los interrumpió Esplandián, indicando a sus huéspedes el camino de salida.

La invitación fue aceptada con alegría. Se despidieron de Altisidora y salieron al patio. Allí se encontraron con los campesinos que habían llegado muy temprano con gallinas, vinos y granos para su señor. Esplandián se detuvo unos momentos para saludar y revisar los tributos\* y luego, acompañado de sus amigos, se encaminó a la sala de armas. Pasó revista a los guardias nocturnos, dio algunas órdenes y luego escogieron las armas para la ocasión: un carcaj\* con sesenta flechas cada uno y sendos cuchillos largos con empuñadura de hueso. También eligieron las lanzas y ajustaron sus espadas. Después se dirigieron a las caballerizas. Esplandián hizo ensillar para él un ejemplar grande, de nudillos fuertes y temperamento nervioso. El cuerno de plata que colgaba de la montura brillaba contra el pelaje negro del

animal. Una vez ajustados los aperos, los caballeros saltaron ágilmente sobre las sillas y emprendieron el camino.

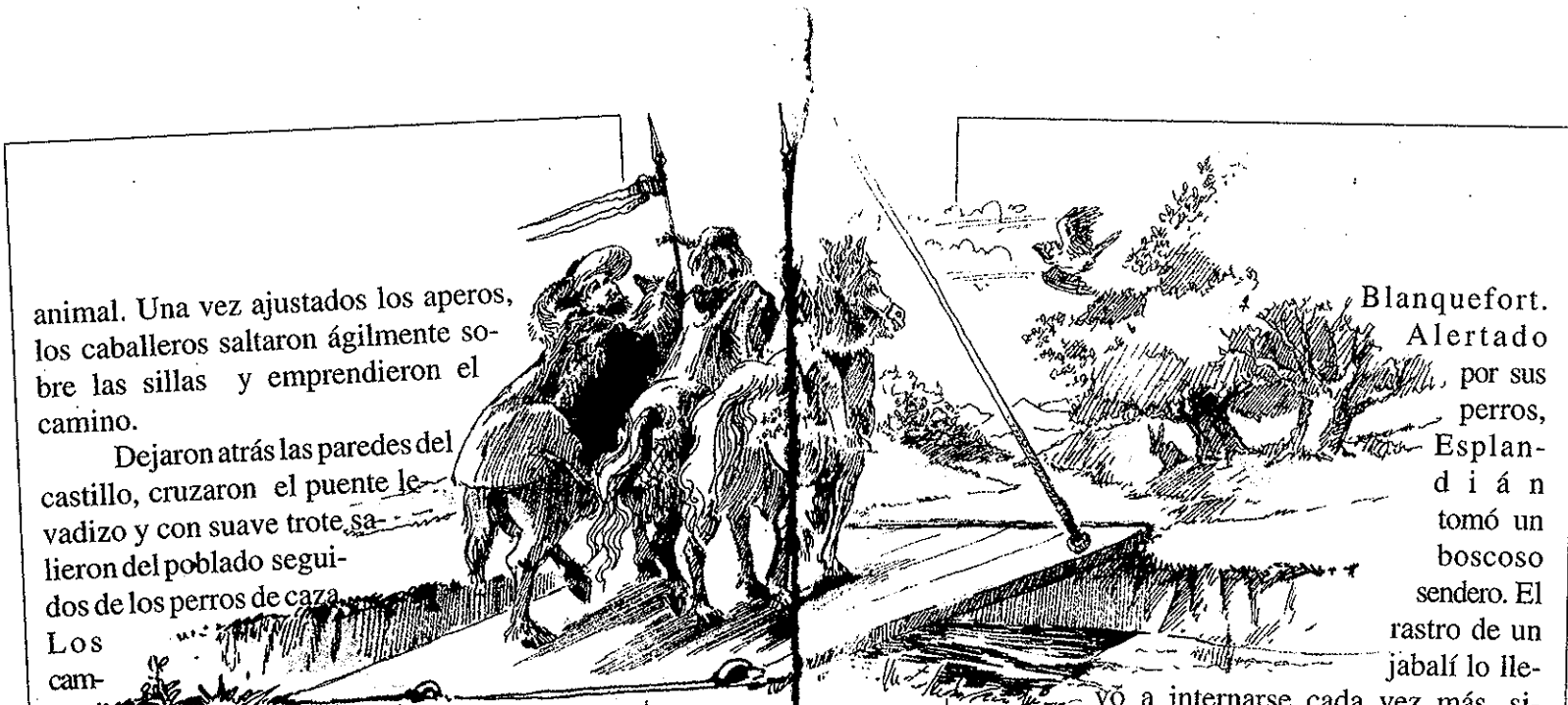
Dejaron atrás las paredes del castillo, cruzaron el puente levadizo y con suave trote salieron del poblado seguidos de los perros de caza.

Los campesinos se

inclinaban a su paso y Esplandián los saludaba con amabilidad, levantando una mano. Como siempre que iba de cacería, estaba de muy buen humor.

Lejos estaba de imaginar Esplandián la aventura que lo esperaba.

Las primeras horas de la mañana se les fueron persiguiendo a una escurridiza cierva. Finalmente decidieron seguir caminos distintos, en busca cada cual de su propia presa. Al anochecer compararían sus trofeos de caza y darían buena cuenta de ellos en el castillo de



Blanquefort.

Alertado

por sus  
perros,

Esplan-

d i á n

tomó un

boscoso

sendero. El

rastros de un

jabalí lo lle-

vó a internarse cada vez más, si-

guiendo el clamor de los ladridos que resonaba en los linderos del bosque.

Luego de unos minutos de persecución, los perros cayeron sobre una maraña de arbustos, donde jadeaba el acorralado animal.

La bestia surgió con un feroz gruñido, embistiendo a los lebreles a su paso: era un jabalí prodigioso, enorme y fiero. Hizo rodar a dos perros por el suelo, los que se apartaron aullando, sangrantes y malheridos. Esplandián arrojó sobre él los dardos, pero las puntas no llegaron a penetrar su dura piel ni a clavarse en su frente. El jabalí, enloquecido de tanto hostigamiento, cargó nuevamente sobre los

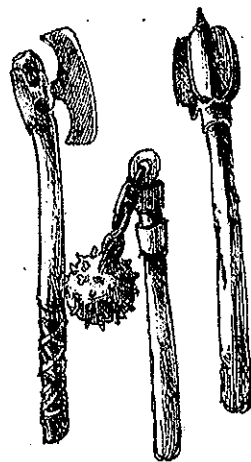
## Al rescate de cristianos capturados

Durante las cruzadas nacieron numerosas órdenes de caballería cuya finalidad era ayudar a los cruzados en su lucha contra los musulmanes, proteger a los peregrinos que iban a visitar el Santo Sepulcro y rescatar a los cristianos capturados por los infieles.

Una de ellas fue la de los *Caballeros Templarios*, creada en Jerusalén en 1118, con el objeto de proteger a los peregrinos. Pero hubo muchas más: *Los Teutones*, *El Santo Sepulcro*, *San Lázaro*, y una muy

importante llamada *Hospitalaria de San Juan*, que después pasó a llamarse de *Los caballeros de Chipre*, *de Rodas* y *de Malta*, según el lugar donde tenía su sede.

También surgieron órdenes en Europa, cuya misión era defender la religión cristiana y los territorios europeos de la amenaza de los musulmanes. Entre las más famosas pueden citarse, en España, la orden de *Calatrava*, y en Francia, la de la *Estrella*.



perros y los hizo retroceder.

Esplandián se apeó y desenvainó la espada. La bestia, al percibir su presencia, se lanzó derecho contra él, con tal fuerza, que casi lo hace rodar por el suelo. Por fortuna, Esplandián alcanzó a clavar certeramente la afilada punta de su espada en el cuello del jabalí. Un río de sangre manó de la herida y la bestia quedó inmóvil sobre la hierba. Los perros, entonces, lo remataron con frenéticos mordiscos.

El joven caballero procedió a cortarlo: primero la cabeza y luego su vientre. Extrajo los intestinos y los lanzó a los perros y luego lo ató de las patas y amarró el extremo de la soga a la montura.

En ese momento, y cuando Esplandián se aprestaba a emprender el regreso, de entre los árboles irrumpió la figura de un elegante caballero. Montaba un corcel altísimo, de cuyo lomo colgaba un gran faldón que arrastraba por el suelo.

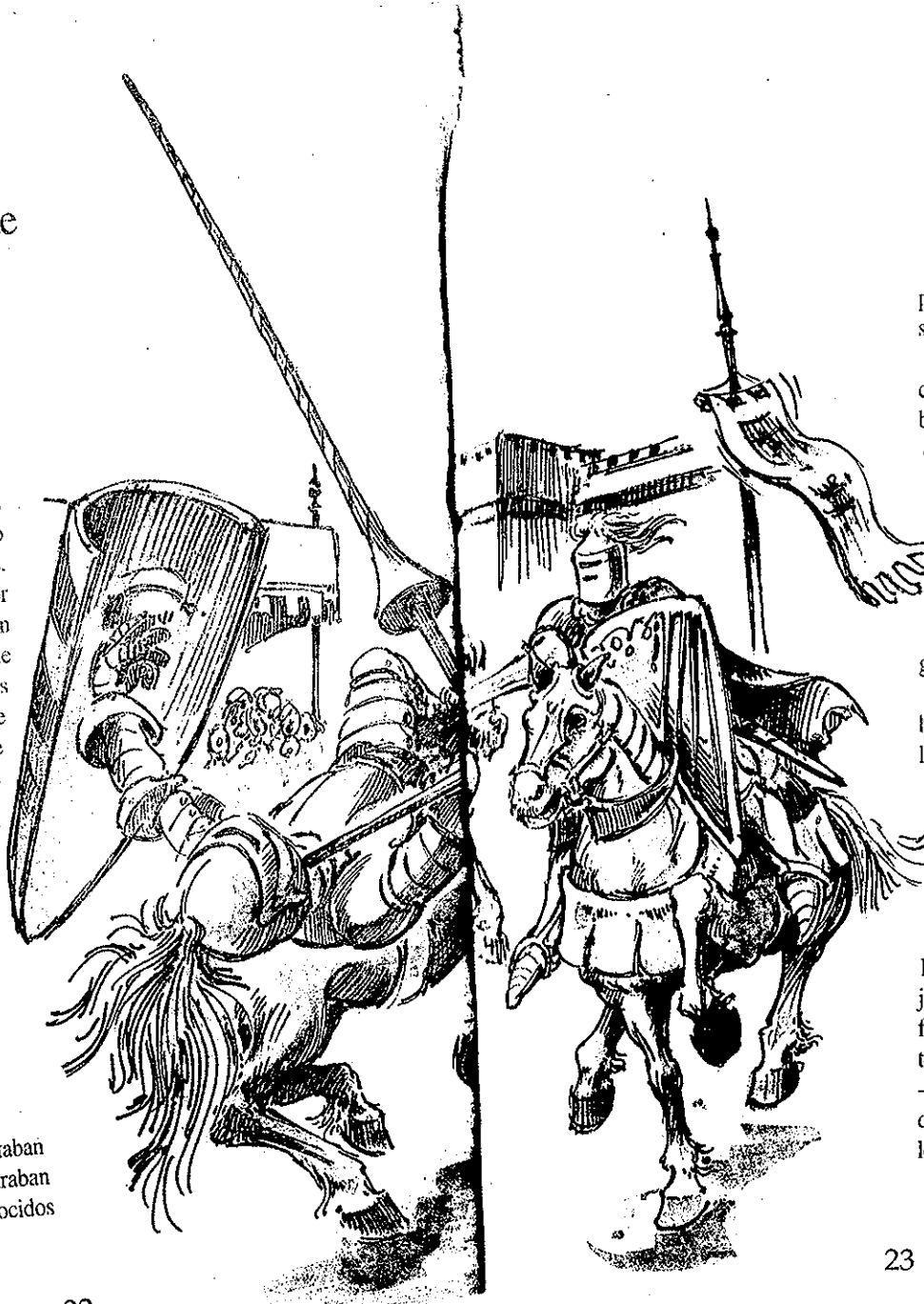
Todo en aquel hombre era gris, incluidos el caballo y la figura de un halcón bordada en los faldones. Lo era su capa, forrada en armiño, con la caperuza echada sobre la espalda; lo mismo las ajustadas calzas que marcaban la línea de

## Los torneos: deporte de caballeros

El apasionamiento que tenían los caballeros de entonces por los torneos, era comparable con el que los hombres de hoy sienten por el fútbol. Pero sucedía lo mismo que hoy con las corridas de toro o con el polo: no se practicaban en todas partes. Los que en el siglo XII —por ejemplo— querían participar en torneos importantes, tenían que dirigirse a los lugares más prestigiados en que éstos se realizaban: el Ducado de Normandía y el Ducado de Champagne, en Francia. Así, quien vivía en Inglaterra tenía que atravesar el Canal de la Mancha con todos sus aperos a cuestas.

### Las reglas del juego

Los caballeros se presentaban con yelmos que enmascaraban sus caras y sólo eran reconocidos



por los expertos en identificar los signos heráldicos que portaban.

La regla era llegar en grupos al campo escogido para el combate, bajo el estandarte que llevaba los colores de la casa del señor. Los pocos caballeros que llegaban solos, intentaban a último momento integrarse a algunos de estos equipos, o bien se ponían de acuerdo entre ellos para formar otro grupo.

Elegido el terreno del campo, había que ubicar en primer lugar lo que llamaban las *lizas*, que eran las barreras tras las cuales los jugadores podían ponerse a cubierto unos instantes para beber un trago o reponerse. Delante de estas barreras, previo a que se abriera la competición seria, los más jóvenes y debutantes se enfrentaban en encuentros amistosos. No eran más que ejercicios —llamados *justas*— en los que de común acuerdo se evitaban los golpes demasiado dañosos.

## ¡Y comienza el torneo!

El juego consistía en lanzarse hacia el adversario: las tropas se abalanzaban una hacia la otra, igual que en las batallas verdaderas, con choques de jinetes, estrépito y gran polvareda. El objetivo era hacer tambalear a los de enfrente, desordenarlos y provocar su huida en desbandada. Por eso lo más importante era que cada unidad permaneciera estrechamente unida, procurando mantener firme el alineamiento. Era lo más difícil, pues no faltaba el que se separaba del grupo llevado por un afán de lucimiento. La victoria era, por tanto, más por la disciplina que por el ardor. Así, los

capitanes de equipo más sagaces esperaban que llegara el desorden y el desbande de los contrarios para volver a arremeter contra ellos con fuerza y doblegarlos por completo.

Pero sucedía también que uno y otro bando se mantenían firmes y cohesionados durante tanto tiempo, que el comité de los barones tenía que decidir la tregua.

Los torneos eran contemplados por los nobles y damas principales desde tribunas; una reina del torneo, proclamada de las damas, proclamada entregaba los premios a los vencedores.



## No sólo por honor...

En el torneo no se jugaba sólo por honor.

Los caballeros iban como a la guerra para arrebatarse armas, arneses y caballos de batalla. Desde la llegada, mientras se colocaban en línea, hacían su elección entre el equipo contra-

rio y calculaban el precio de los aperos de sus rivales.

Por otra parte, los caballeros caídos que eran tomados prisioneros debían pagar rescate. Así, muchos de ellos regresaban de los torneos no sólo heridos, sino que también pobres.

## Descripción de un torneo en Champagne en el siglo XII

*"...Gran pelea y gran ruido.  
Todos tendían a herir bien.  
Allí hubieseis podido  
escuchar tan gran estrépito  
de lanzas, cuyos fragmentos  
cayendo a tierra hasta  
juntarse  
impedían pinchar a los  
caballos.  
Fue grande el tropel en la  
llanura.  
Cada cuerpo de tropa*

*proclama su insignia...  
Allí se vio coger por el freno  
a los caballeros y a otros  
venir a socorrerlos.  
De todas partes se vio correr  
a los caballos,  
y sudar de angustia.  
Cada cual se aplica cuanto  
puede  
para hacerlo bien, pues en tal  
obra la proeza se muestra y  
se descubre."*

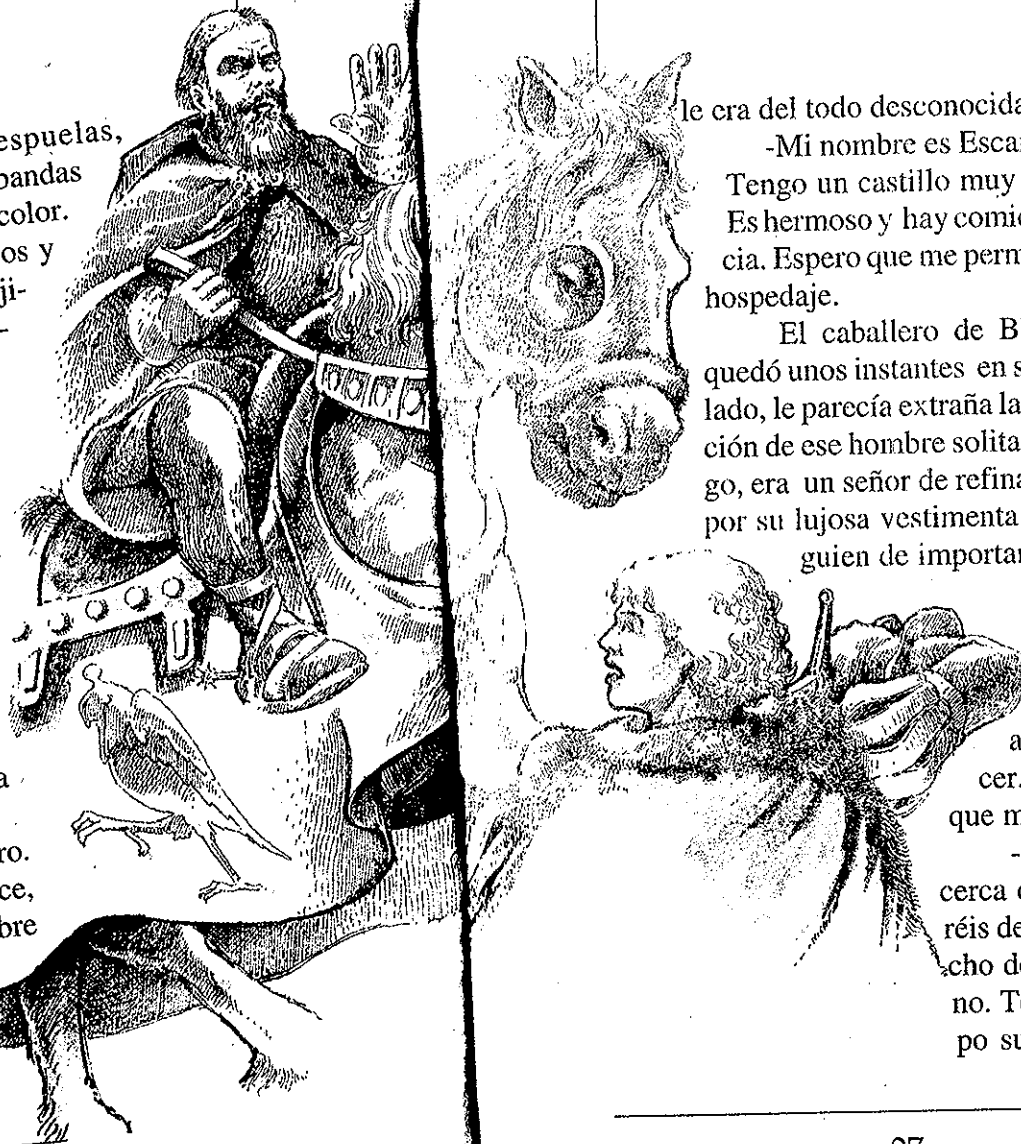
sus pantorrillas; y las espuelas, tintineantes, sujetas sobre bandas de seda, tenían ese mismo color. Grises eran también sus ojos y barba. Y la piel de sus mejillas reflejaba el tono acera-

do de la espada.  
En un gesto instintivo, Esplandián llevó su mano al cinto.

El recién llegado, advirtiendo el movimiento, lo tranquilizó:

-¡Buen día, señor! Nada debéis temer. Dejadme sólo felicitaros: ¡sois un maestro en el arte de la caza!

-Gracias, caballero. Y decidme, si os place, cuál es vuestro nombre  
-respondió Esplandián, pensando que esa figura no



le era del todo desconocida.

-Mi nombre es Escanor de Elceter. Tengo un castillo muy cerca de aquí. Es hermoso y hay comida en abundancia. Espero que me permitáis ofrecer os hospedaje.

El caballero de Blanquefort se quedó unos instantes en silencio. Por un lado, le parecía extraña la abrupta aparición de ese hombre solitario. Sin embargo, era un señor de refinados modales y por su lujosa vestimenta parecía ser alguien de importancia.

-Os agradezco la invitación, pero debo regresar antes del anochecer. Hay huéspedes que me esperan.

-Yo vivo muy cerca de aquí. No seréis desviado por mucho de vuestro camino. Tendréis el tiempo suficiente de be-



ber unas copas y de reconfortar vuestro cuerpo. No despreciéis mi invitación, caballero. Os ruego que sigáis cabalgando sin prisa por aquí derecho: muy pronto encontraréis mi casa.

Y sin esperar respuesta, volvió grupas, picó espuelas y emprendió el galope. Esplandián titubeó.

"En verdad, si como él dice, su casa está tan cerca, no creo que aceptar su hospedaje me signifique una gran demora" -reflexionó.

Así tranquilizado su espíritu, y picado por la curiosidad, puso su cabalgadura al paso y con el jabalí colgando a un costado, prosiguió la ruta indicada.

No había andado cinco minutos cuando se encontró de frente con un extraño viejo. Vestía una túnica de tela marrón y tenía su cabeza cubierta por una capucha, a la manera de un monje.

-Que Dios os guarde, caballero -pronunció a su paso.

Esplandián detuvo su cabalgadura, al tiempo que respondía:

-Dios os guarde a vos, buen hombre y que la Virgen María os proteja siempre.

-Sois gentil: no cualquier caballero se



detiene a saludar a un pobre caminante. No sería justo, en verdad, que os hirieran y maltrataran en un castillo en sombras.

-¿Por qué decís eso? -preguntó extrañado el caballero de Blanquefort.

El hombre echó hacia atrás su capucha. Tenía el pelo blanco y la barba era larga.

Sobre su pecho colgaba un medallón con la figura de una mujer sentada en un

trono, cuya frente tocaba las nubes; en una mano sostenía dos libros y en la otra, una escalera con nueve peldaños. El caballero de Blanquefort reconoció en ella a la mujer de la alquimia\* que había visto en un libro que tenía



## Los consejos de Dhuoda

Los franceses, durante muchos años, aprendieron en el colegio que los tratados de educación más antiguos pertenecían a los grandes escritores Rabelais y Montaigne. Esto fue hasta que descubrieron a *Dhuoda*, una mujer que vivió en la Francia del siglo IX, y cuyo *Manual para mi hijo* es hoy traducido a todas las lenguas.

Mientras el marido de Dhuoda y su hijo de 16 años combatían en las guerras que sostenían los reyes de la época, ella, instalada en la ciudad de Uzès, escribía:

"La fraternidad, el compartir con los demás, es semejante a una manada de ciervos que atraviesa un ancho río: se apo-

yan los unos en los otros, cada uno con su cabeza sobre el anca del que lo precede, y así se les hace a todos más fácil la tarea. Y cuando se dan cuenta de que el ciervo que va adelante se ha cansado, lo hacen pasar atrás y otro sostiene su cabeza, mientras un segundo lo reemplaza al frente de la manada.

"En medio de las preocupaciones mundanas del siglo, no dejes nunca de procurararte muchos libros. En ellos encontrarás enseñanzas de santos y de sabios y aprenderás de Dios creador mucho más de lo que yo te pueda decir. Lee los libros, méditalos, profundiza en sus lecturas y verás cómo tu vida se hace más espiritual y más recta.



su madre. Ese hombre debía ser un mago.

-Si sabéis escuchar las palabras de este viejo que conoce los secretos del ruido y del silencio, del cielo tempestuoso y de la tierra en calma, de lo visible y de lo invisible, vuestra vida no correrá peligro. ¡Volved grupas, señor, y regresad hacia donde os esperan vuestros verdaderos amigos!

Por un instante las palabras del anciano desconcertaron a Esplandián. Pero de inmediato sus ojos brillaron con arrogancia.

-Os agradezco vuestra preocupación, venerable anciano, pero mal caballero sería yo si tales palabras me amedrentasen. Más que nunca sé ahora que debo seguir a ese Caballero Gris.

-¡Esperad! A pesar de vuestra tozudez, advierto la nobleza de vuestra alma. Gran desgracia sería que perdierais la vida. Por última vez os lo digo: no sigáis esa engañosa invitación.

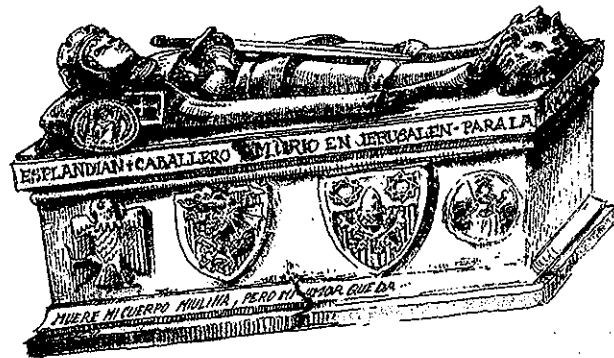
-Agradezco vuestras recomendaciones, pero mi voluntad es seguir adelante -repuso Esplandián.

-Permitidme al menos daros unos consejos.

“Aléjate, evita, huye de las personas que aparentemente han triunfado en el mundo y poseen muchos bienes, y que no obstante siguen envidiando y deseando tener lo que otros tienen. Estas personas son oscuras y sólo buscan hacer daño a los demás.

“Existen dos nacimientos en el hombre: el carnal y el espiri-

tual. A estos dos nacimientos corresponden dos muertes: la de la carne, por la cual pasan todos los hombres y la del espíritu, que se puede evitar. ‘El que vence no será alcanzado por esta segunda muerte’, dice el Apocalipsis.”



-Hablad -contestó Esplandián, ya impaciente por partir.

-Tres peligros os acecharán desde el mismo momento en que piséis la casa del Caballero Gris. El primero atrapará vuestra compasión en las redes de un color añil; el segundo es afilado y encenderá de rojo vuestra mano; el tercero es un vuelo gris contra el cual no deberéis tener piedad.

Tras decir esto, el anciano hizo un ademán de despedida y se internó en el bosque.

Esplandián espoleó su caballo.

A poco cabalgar, el sendero mostró una curva que desembocó en un valle. En el centro se alzaba un castillo. Lo rodeaba un foso ancho y profundo. Los muros cerraban por completo la fortaleza y en el torreón más alto flameaba una bandera gris.

Con un trote lento y sostenido, el caballero siguió avanzando. El puente levadizo estaba tendido y no demoró en cruzarlo.

Se encontró en medio de un patio de piedras. Tres muchachos corrieron hacia él; uno le quitó las armas y las espuelas, otro desató el jabalí y el tercero le indicó que lo siguiera. Antes de franquear el umbral que lo introduci-

## Los cuatro mandamientos de un caballero

La primera obligación de la caballería es la *fidelidad*: jamás un caballero podrá traicionar la fe jurada. Si ha dado su palabra, tendrá que cumplirla aunque sea a costa de su vida.

La segunda es la *proeza*: el honor obliga a ser intrépido hasta la locura, aunque siempre bajo ciertas reglas, como por ejemplo que el caballero no lucha nunca con un hombre que no sea su igual.

El valiente no busca otra protección que la destreza de su caballo, la calidad de su armadura y la devoción de los camaradas de su rango: jamás

buscaría parapetarse tras una empalizada ni combatir con un enemigo en desventaja.

La tercera es la *generosidad*, ya que "la nobleza se alimenta en la largueza". El caballero no debe guardar nada entre sus manos y repartir con abundancia sus riquezas. La avaricia es para él un defecto despreciable e indigno.

Y la cuarta y última es ganar el *amor* de las damas, lo que consigue al cumplir sus ideales: demostrando su fidelidad, realizando grandes proezas y desplegando su generosidad.



ría a la torre del castillo, Esplandián miró hacia atrás y alcanzó a ver cómo sacaban los aperos a su animal y lo conducían hacia las caballerizas.

Subió las escaleras y entró en una amplia sala.

Unos buenos leños crepitaban en la chimenea. Su anfitrión no se divisaba por ninguna parte, pero en cambio una joven salió a recibirlo. Tenía los ojos claros, la frente bien hecha y las manos blancas. Esplandián nunca había visto una joven tan bella y de expresión tan triste.

Se acercó al recién llegado con una copa de plata en su mano.

-Bienvenido, caballero. Reconfortaos con un buen vino.

-Viniendo de vos, hasta la hiel me reconfortaría, hermosa anfitriona -respondió Esplandián, feliz de haber aceptado la invitación.

Antes de que la doncella alcanzara a responder, la voz del Caballero Gris retumbó en la habitación:

-A fe mía que me alegro de teneros como huésped.

Se acercó a ellos, y con un movimiento

## “El señor no firma porque es noble”

La mujer en la Edad Media era el centro del núcleo familiar: dueña y señora de su casa, era quien se ocupaba de administrar el castillo y las tierras durante las prolongadas ausencias de su señor, quien se lo pasaba en torneos y guerras.

Generalmente eran las mujeres —educadas en monasterios— las que leían y escribían en la familia, pues su marido, de tanto tomar la espada, muchas veces olvidaba cómo tomar la pluma. Tanto así que en algunos manuscritos medievales, en el lugar de la firma

se lee: “*El señor no firma porque es noble*”.

Los poetas del siglo XII alabaron en muchas ocasiones las cualidades intelectuales de las mujeres, y en los epitafios de varias tumbas de la época se leen frases tales como “*Constanza, más sabia que una sibila*” o “*Muriel, que leía y recitaba como un ángel*”. Asimismo, en las pinturas e ilustraciones de la época se ven mujeres con un libro entre sus manos. Tal es el caso de *Alienor de Aquitania*, dibujada leyendo en el monasterio de Fontevraud.



de sus cejas que para Esplandián no pasó inadvertido, indicó a su hija que se retirara. La joven se estremeció como un pájaro y dando media vuelta caminó hacia unos cortinajes rojos. Antes de dejar la habitación, miró en forma furtiva hacia el caballero de Blanquefort. Este creyó adivinar en sus ojos una muda súplica.

-Señor, muchas alabanzas he oído de vos -dijo entonces el anfitrión, mientras le indicaba que pasara a la mesa, donde estaban servidos distintos quesos, perdices en escabeche y grandes trozos de pan. En cuanto se

## La doncella quiere ser bella

Lociones de malva y violeta, cremas en base a manteca de cerdo, de aceite de oliva y de leche de almendras, perfumes de almizcle y hasta tinturas para el cabello hechas con productos traídos del oriente eran usados por las doncellas más preten-  
ciosas.

Se usaba tener una frente amplia, una cintura estrecha y un busto pequeño. Para

esto, muchas mujeres depilaban su cabello en el nacimiento de la frente, ajustaban su cintura y aplastaban su busto con cintas de tela.

Los vestidos eran simples y adaptados al cuerpo. Las damas de la nobleza hacían bordar sus telas con perlas, hilos de oro o seda y a veces con incrustaciones de piedras preciosas.



sentaron, ingresó un sirviente portando un cabrito asado a las brasas que crepitaba en su fuente de greda.

En tanto el caballero de Blanquefort saciaba su hambre y bebía, el Caballero Gris no cesó de hablar.

En varias oportunidades Esplandián preguntó por la doncella, pero su comensal, como si no lo escuchara, continuaba con sus relatos de torneos y caza. Sólo pudo saber que el nombre de la joven era Miulina, y que era taciturna, extraña y de poco hablar. La conversación siguió en torno a la magnífica colección de halcones amaestrados que el Caballero Gris decía poseer.

-No os iréis de aquí sin concederme el honor de aceptar un ejemplar que me han traído de Islandia; es un bello gerifalte\*. Un cazador como vos sabrá apreciar su perfecto entrenamiento -expresó el dueño de casa.

Finalmente, cuando el caballero de Blanquefort escanciaba la última gota de vino de su copa, el señor del castillo se había puesto de pie para decirle:

- Quiero que os sintáis en vuestra casa. Ahora descansad junto al fuego, que yo regreso en un instante.

## El halcón del caballero

La Edad Media fue la época de oro de la *halconería*. Desde pequeños, los aristócratas feudales se entretenían en cuidar estas aves de caza, pues el aprecio de la volatería era signo de nobleza.

La mantención de estos pájaros era muy cara; por lo tanto quien los poseía demostraba también su riqueza. Ofrecerlos como regalo, honraba tanto a quien los daba como a su receptor.

El cuidado y alimentación de los halcones era una de las entretenimientos favoritos del señor cuando no estaba haciendo la guerra. Muchos de ellos contrataban los servicios de un pajarero para la captura de las aves: éstos eran expertos en distinguir los ojos amarillos de los pájaros de bajo vuelo—como el azor y el gavilán— de los ojos

negros de las aves de alto vuelo como era el halcón.

A pesar de los cuidados, poco duraban los pobres halcones: las enfermedades y la caza acababan pronto con ellos. Así, como los señores tenían que renovar constantemente sus volaterías, la venta del halcón se transformó en un buen negocio y en torno a ellos se desarrolló un comercio de lujo. Los traían en jaulas y encapuchados desde las riberas del Báltico, de los países mediterráneos, de Alemania y del mundo árabe. Especialmente cotizados eran los famosos halcones sagrados que venían de Bulgaria.

Los textos literarios de la época y los trovadores hicieron muchas veces a esta ave objeto de sus poemas.



Y con una ligera venia, desapareció del lugar.

La somnolencia invadió a Esplandián y sus párpados se cerraron.

No supo cuánto durmió. Pero cuando despertó, el fuego ya se había consumido y él aún estaba solo.

Recorrió el lugar con su mirada. Un perro se entretenía debajo de la mesa despedazando los restos del cabrito asado. En una esquina, y sobre un arca de madera labrada, reposaban un arpa y un laúd. Había pocos muebles y destacaba un tapiz que cubría un gran espacio en la pared, tras la mesa del comedor. Esplandián observó la escena allí representada: había muchos perros y pájaros, saetas, arcos, ríos y bosques. Dominaba el paisaje un caballero montado en un bien ataviado corcel. Vestía una capa gris con pieles de armiño orlado con cibelinas. Llevaba calzas, también grises, por debajo de unas espuelas de plata muy bien trabajadas. El caballero del tapiz miraba complacido a un hombre que, de espaldas en el suelo, se protegía con sus brazos del ataque de un pájaro gigantesco. Sintió un escalofrío ante tan vívida escena, y desvió su mirada hacia los

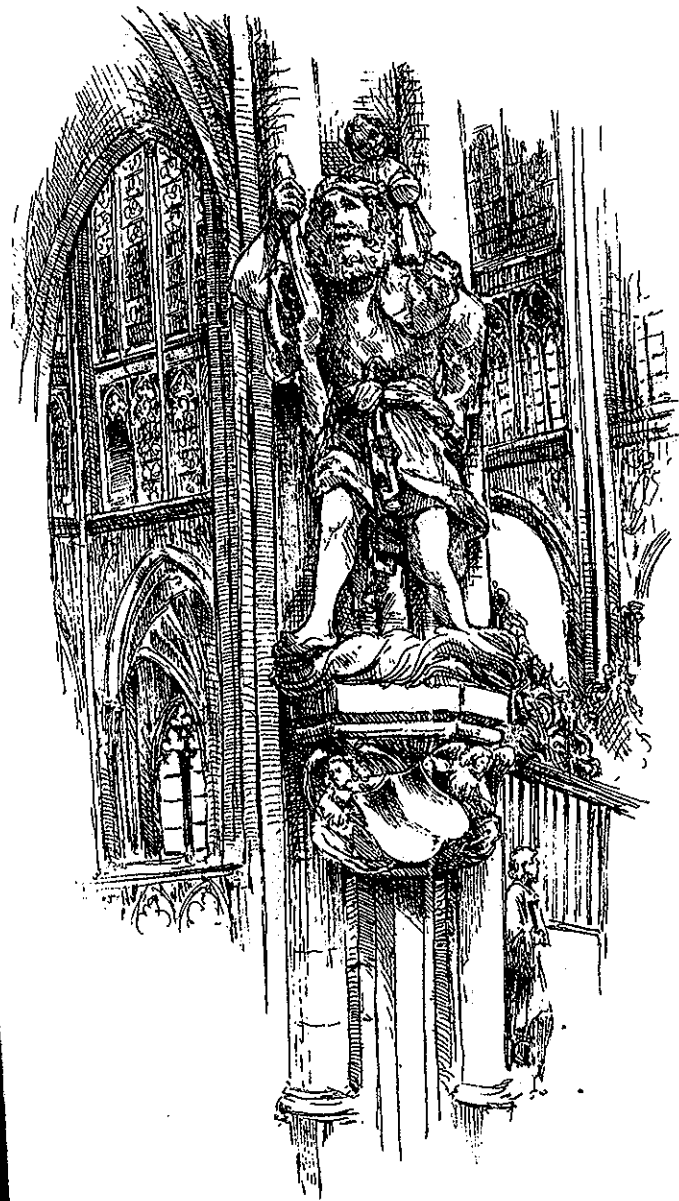
## Las catedrales: millares de manos y cientos de años

La Edad Media podría llamarse también la época de las *catedrales*. En la edificación de estas iglesias colaboraron todas las clases sociales, desde los reyes y nobles hasta los más humildes campesinos. Los artesanos solían aportar gratuitamente su trabajo; las damas elegantes, sus joyas; y los caballeros poderosos, grandes sumas de dinero. Su construcción, resultado del esfuerzo de varias generaciones, duraba años y a veces siglos; por eso es que muchas veces en una misma catedral se encuentran distintos estilos arquitectónicos, que pertenecen a diferentes épocas. El más antiguo es el *románico*, que se caracteriza por sus arcos de medio punto; pero el más

conocido es el *gótico*, con sus fachadas de agujas indicando el cielo.

Maravillosos y gigantescos *vitrales* o vidrieras de colores iluminan el interior de las catedrales.

Los vitrales son trozos de vidrio coloreado que se unen mediante tiras de plomo fundido y normalmente, en las iglesias, representan episodios de la Biblia o vidas de santos. Famosos por su luz y belleza son los vitrales de las catedrales de la *Sainte Chapelle*, *Notre Dame* de París y *Chartres* en Francia; *Sevilla* en España; *Canterbury* en Inglaterra; *Duomo* de Milán en Italia y *Colonia* en Alemania.



## Allí se casaban, estudiaban, se sanaban y se enterraban

En las catedrales se casaban y se coronaban los reyes y se hacían las más espléndidas ceremonias religiosas, pero también allí acudían los pobres, los perseguidos por la justicia y los enfermos. Ellas eran el refugio hospitalario de todos los infortunios. Los enfermos que iban a *Notre Dame* de París, por ejemplo, permanecían allí hasta su completa curación: se había destinado para ellos una capilla iluminada por seis lámparas, donde pasaban las noches, y los médicos los atendían en la entrada

principal, alrededor de una pila de agua bendita.

Las catedrales eran como una ciudad dentro de la ciudad, y en ellas no sólo se rezaba y se celebraba misa, sino que se realizaban cientos de otras actividades, como clases de arte o de medicina y también reuniones políticas. Por último, eran el cementerio de nobles y personajes ilustres: muchos de los reyes y reinas de la Edad Media están enterrados a la sombra de sus magníficas y sobrecogedoras paredes de piedra.



cortinajes por donde Miulina había desaparecido. Recordó entonces la belleza de esa joven triste y, siguiendo un súbito impulso, se encaminó hacia las felpas carmesíes.

Descorrió los cortinajes. Ante él se extendía un pasillo oscuro. Caminó a tientas, apoyándose en las piedras de las paredes, hasta que de pronto un ruido lo hizo detenerse. Era como un quejido... ¡no!, era un llanto. Era un lamento que venía de algún lugar cercano.

Guiado por esa voz plañidera llegó hasta una puerta, la que reconoció al tocar un pesado cerrojo. Puso su oreja contra la madera y comprobó que el lamento provenía de su interior.

Sin ni siquiera dudarlo, tomó fuerzas y dio un violento empujón. Para su sorpresa, la puerta cedió de inmediato y tras ella vio a Miulina sentada sobre un banco y con la cabeza gacha. Su cuerpo estaba estremecido por los sollozos. Sobresaltada, levantó el rostro: estaba bañado en lágrimas.

-¡Miulina!, ¿qué os sucede? -exclamó espantado, desconcertado.

-¡Sacadme de aquí...llevadme lejos...! Mi padre... mi padre...

Los ojos de la muchacha eran un mar de tormenta. Se puso de pie y avanzó hacia él con los brazos extendidos, como una sonámbula.

-¿Vuestro padre? ¿Qué pasa con él, Miulina? -la interrogó, vehementemente.

-Si no me hicierais preguntas y tan sólo me sacarais de aquí...-sollozó la joven.

Llevado por un sentimiento de ternura y compasión, Esplandián rodeó a Miulina con sus brazos. Ella se abandonó y lloró igual que un niño asustado. Para tranquilizarla, acarició sus cabellos y besó su frente con suavidad.

En ese momento, la puerta crujió con estrépito y la figura del Caballero Gris se recor-



tó en el umbral. Su boca se curvaba en un rictus odioso y blandía una espada. Lejos había quedado el amable anfitrión de tan sólo unas horas atrás.

-¡Maldito! -gritó-. ¡Nadie se acerca a mi hija sin mi consentimiento!

-¡Padre: os equivocáis...! -exclamó entonces Miulina-. He sido yo la que...

-¡Silencio, Miulina! Al que di albergue con la palabra, haré morir con mi acero. ¡Nadie traiciona de esta manera la hospitalidad de Escanor de Electer.

-¡A fe mía que yo no os he traicionado! -se defendió Esplandián.

-¿Cómo podéis decir eso, tras haberos yo sorprendido en villanas actitudes? -bramó el Caballero Gris, con el rostro descompuesto.

Miulina había retrocedido hasta una esquina de la habitación. Y allí se había quedado, en silencio y encogida, igual que un cervatillo acorralado ante el cazador.

-¡Defendeos! -gritó entonces el Caballero Gris, indicando una espada que colgaba en la pared-. Si vais a morir, que sea con un arma en la mano.

El caballero de Blanquefort observó la

## Los juglares: diversión para príncipes aburridos

Durante la Edad Media la mayoría de la población era analfabeta, por lo tanto no existían los libros como medio de entretenimiento. Los únicos que tenían un hábito de lectura eran los religiosos, los hombres dedicados a la enseñanza y algunas mujeres educadas en los monasterios. Aunque hubo reyes, príncipes y caballeros de gran cultura—como los trovadores antes mencio-

nados—, por lo general a los señores feudales sólo les interesaban la guerra, los torneos y la caza. Lo normal era que—desde reyes hasta siervos— leyeran muy poco: preferían escuchar a los *juglares*.

Los juglares eran artistas que declamaban poemas, tocaban instrumentos musicales, practicaban malabarismo, jugaban con títeres, imitaban pájaros o



espada de roja empuñadura que su enemigo le ofrecía. Con un gesto decidido la arrancó de su sitio. En cuanto la cogió sintió un agudo dolor: los trece rubíes que encendían la empuñadura se habían incrustado como cuchillos en su mano. Pero no tuvo mucho tiempo para reflexionar pues el enemigo estaba a punto de dar la primera estocada.

-¡A fe mía que os venceré! -gritó el Caballero Gris, blandiendo la hoja.

-¡No estéis tan seguro! -respondió Esplandián, enfrentándolo con fiereza.

El dueño del castillo dio un salto hacia adelante y el canto de su espada chocó contra la hoja adversaria haciendo saltar chispas. Esplandián sintió que su cuerpo tambaleaba con el impacto, pero se equilibró de inmediato y alzó su brazo para responder la estocada. En ese instante una punzada intensa atravesó su palma y le pareció que hasta sus huesos se trituraban. El peso de la espada se centuplicó, mientras la sangre se escurría entre sus dedos.

El fulgor escarlata en su diestra y la mirada azul de Miulina que los contemplaba en silencio, trajeron por primera vez a su mente las palabras del viejo del bosque.

animales, contaban chistes y bailaban. Hacían cualquier cosa para entretener a caballeros y príncipes, que eran generosos en sus pagos.

Muchos de estos juglares eran unos oportunistas y no trepidaban en montar espectáculos groseros, maltratar animales o fingir locura con el solo fin de impresionar y conseguir dinero. Pero también había otros que eran grandes actores y músicos. Estos últimos cantaban vidas de santos, recitaban poemas épicos y de trovadores y sabían tocar con arte varios instrumentos musicales.

El trovador Guiraut de Calanson, decía que un buen juglar tenía que "caerse con gracia, hablar bien, entablar discusiones poéticas, tocar el tambor, las castañuelas, la cítola, la bandola,

el monocordio, la cítara y la lira".

Los juglares recorrían el país en verano y primavera, dirigiéndose a las cortes de los grandes señores, donde había mayores riquezas. Viajaban con sus instrumentos protegidos en una bolsa de cuero y con algún libro de poesías y cantares de gesta, como ayuda memoria. Para las posibles ganancias llevaban un *talgo*, o monedero, que muchas veces seguía vacío al final de la temporada.

En invierno, junto con los primeros fríos, se terminaban los combates y las fiestas. Los juglares se iban entonces a vivir con algún trovador, y se quedaban con él aprendiendo nuevas obras o perfeccionando su técnica.



Pero ya era tarde.

Su mano, inerte, había dejado caer el arma.

El Caballero Gris, en tanto, lo inmovilizaba con la punta de la espada clavada en su cuello. Por su parte Miulina, obedeciendo la voz de su padre, sacaba de un armario una cuerda.

Unos minutos después, Esplandián de Blanquefort, atado de pies y manos, era lanzado con un puntapié a un estrecha mazmorra del castillo.

-¡Por el Dios que me dio el alma! ¡Malditos sean este lugar y la aventura en la que estoy envuelto! -murmuró el maltrecho caballero, al tiempo que se cerraba tras él la puerta de hierro.

Afuera se escuchó una estruendosa carcajada.

-¡Es el propio Satanás, el que aquí mora! -vociferó entonces Esplandián-. ¡Voto a Dios que esta afrenta será castigada!

Pero los pasos de Electer y los de un guardia que lo habían acompañado hasta allí, ya no se escuchaban.

Con un gran esfuerzo logró incorporarse y luego de acostumbrar sus ojos a la oscuridad,

## ¡Pobrecitos hijos de caballeros!

Los hijos de los caballeros abandonaban muy pronto la casa paterna. Aún pequeños, partían a vivir como aprendices de un poderoso señor, pariente o amigo, que les enseñaría el oficio de las armas.

El primogénito se iba por un tiempo limitado, pues luego debía volver al castillo del cual era el heredero. Pero los menores, salvo excepciones, a los ocho o diez años ya tenían que irse de su hogar ¡y para siempre! Así, de un día para otro eran separados de sus hermanas o hermanos chicos, de su madre y de las mujeres que los cuidaban (¡cómo llorarían algunos!), para entrar de lleno al

mundo de las cabalgatas, de la caza, de las emboscadas y de las armas. Y crecían allí, entre los hombres maduros, ensillando caballos, puliendo armaduras y cuidando halcones, como pajes o escuderos de un señor que no era su padre.

A los veinte años el joven ya estaba listo para ser armado caballero.

En una ceremonia solemne, en la que participaba toda la nobleza de la región, el nuevo caballero prometía ser fiel a sus ideales al "consagrar su vida a la defensa de los oprimidos, de la viuda y del huérfano, y ser leal a Dios, a su señor y a su dama".



divisó un bulto en un rincón. Allí se dejó caer, y unos ratones asustados salieron corriendo de entre el heno.

Una ira intensa lo invadió contra ese hombre que lo atacaba sin motivo y también contra esa llorona doncella, la misma que luego de enredarlo con sus lamentaciones, había provisto a su padre de una cuerda para atarlo.



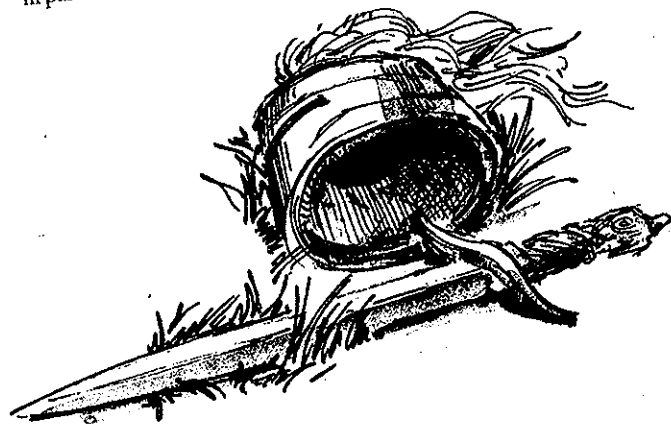
## ¡Qué suerte ser el mayor!

Cuando el primogénito era armado caballero, se lo enviaba a viajar provisto de una magnífica armadura, escoltado de compañeros y servidores y con muchas piezas de oro en los estuches de cuero. Su gira como caballero andante podía durar meses y a veces años, y en ella tenía que dejar en alto el nombre de la familia, brillando en los torneos, haciendo proezas, socorriendo con dinero a pobres y viudas y rescatando doncellas en peligro.

Los hermanos menores, en cambio, no recibían ninguna ayuda, y a veces no tenían dinero ni para comprarse un caballo. En

estas condiciones era muy difícil partir a combatir y darse a conocer en los torneos. Se cuenta que *Guillermo de Mariscal*, de quien se dice fue "el mejor caballero del mundo", comenzó sus andanzas tan sólo con una cota de mallas desgarrada y una espada que había recibido de su señor. El manto había tenido que venderlo para poder alimentarse y su caballo había muerto en una batalla.

La única solución posible para estos "pobres caballeros" era ponerse al servicio de otro señor, e integrar el equipo de éste durante los torneos.



Ahora, sin saber el porqué, se encontraba encerrado en una sombría celda, atrapado como una mosca en un lugar sin salida. Podría perfectamente morir allí, sin que nadie se enterara, sin más testigos que esos roedores que chillaban a su alrededor.

No era esa la muerte que desea un caballero. Siempre soñó con llegar al fin de sus días de la misma forma en que lo había hecho su padre: rodeado de sus hijos, de su mujer, de sus caballeros, de los criados y más humildes servidores. Para cada uno de ellos, el moribundo había pronunciado palabras que eran un último ejemplo de virtud y de consuelo. Ovillado en la paja y con el espíritu abatido, recordó la voz temblorosa de Laurcalco de Blanquefort, hablándole por última vez:

*"Buen hijo: cuando yo haya muerto, cubriréis mi féretro con un paño de seda. Si hace mal tiempo, compraréis un buen paño gris y lo colocaréis encima para que la seda no se estropee. Y luego, cuando bajéis mi féretro a la tierra, entregad el fino paño a la orden del Temple".*

## Los que no eran educados para la guerra

Pero no todos los niños eran preparados para la guerra. Algunos eran enviados a estudiar a los monasterios porque era bueno que en una familia además hubiera religiosos. También se iban muy jóvenes de la casa, y aunque no todos ellos se hacían sacerdotes, todos se convertían en hombres cultos. Porque en los monasterios, aparte de teología, aprendían gramática, retórica,

dialéctica, aritmética, geometría, astronomía y música.

Como la Iglesia era muy poderosa en la Edad Media —coronaba a los reyes y tenía gran influencia en el gobierno del reino—, el seguir la carrera eclesiástica era muy bien considerado. Generalmente era el segundo hermano el que se hacía sacerdote.



En cambio él, pobre caballero Esplandián, moriría cubierto por el excremento de aquellas hambrientas ratas que ahora se disputaban la sogá que ataba sus manos; sus últimas palabras sólo serían escuchadas por esas paredes que destilaban musgo y humedad; y en vez de ser enterrado al lado de sus padres, en la capilla familiar, su cuerpo esperaba la resurrección en esa inmundá y negra celda.

-¡Por Dios vivo que no voy a llorar ni a gemir! -exclamó, de pronto, enardecido-. ¿Por qué voy a desmayar? Sea adverso o favorable, ¿qué otra cosa puede el hombre más que afrontar su destino?

Con estos pensamientos pronunció una oración. Luego cerró los ojos y dejó que el sueño lo invadiera.

Mientras tanto en el castillo de Blanquefort, a varias leguas de distancia, Altisidora, sentada junto al fuego, bordaba los azules y los rojos de un enorme tapiz. A su lado, una mujer más joven, con su cabello recogido en una redécilla de seda, leía en voz alta.

Altisidora sonreía ante el énfasis con que

## Cuando la muerte era una fiesta

En la Edad Media nadie sabía muy bien la fecha de su nacimiento. Esta normalmente se olvidaba y pocas veces se celebraban los cumpleaños. La muerte, en cambio, era otra cosa: cuando un señor veía cercano el fin de sus días, preparaba su despedida de este mundo en un acto tan público como una boda.

Para un hombre medieval cristiano, morir es renacer a una nueva vida, y este renacimiento cuenta más que el nacimiento ya que, en comparación con lo efímero de la vida en la tierra, la que viene después de la muerte es para siempre. Así, el caballero moribundo reunía ante su lecho a su familia y a su servidumbre, les pedía perdón por todas las ofensas

que les pudo haber causado, distribuía los bienes entre sus hijos y disponía hasta los más mínimos detalles de la ceremonia de su entierro.

“Es preciso que me ocupe de mi alma, ya que mi cuerpo está en peligro. Es preciso que, escuchándome vosotros, yo me libere de las cosas terrenales para no pensar más que en las celestiales...”

Estas palabras las pronunció Guillermo de Mariscal en el siglo XIII frente a los caballeros de su casa, su mujer e hijos, parientes y nobles de Inglaterra que habían viajado desde lejos hasta la cabecera de su lecho. También había obispos, sacerdotes, nobles y campesinos.



la muchacha recitaba un episodio de *Dido y Eneas*, del poeta latino Virgilio. ¿Qué dirían de estas lecturas tan poco piadosas las ancianas monjas que la habían educado? En el monasterio sólo se leían los textos de la Sagrada Biblia.

En ese momento irrumpieron en la estancia los jóvenes huéspedes que volvían de la caza.

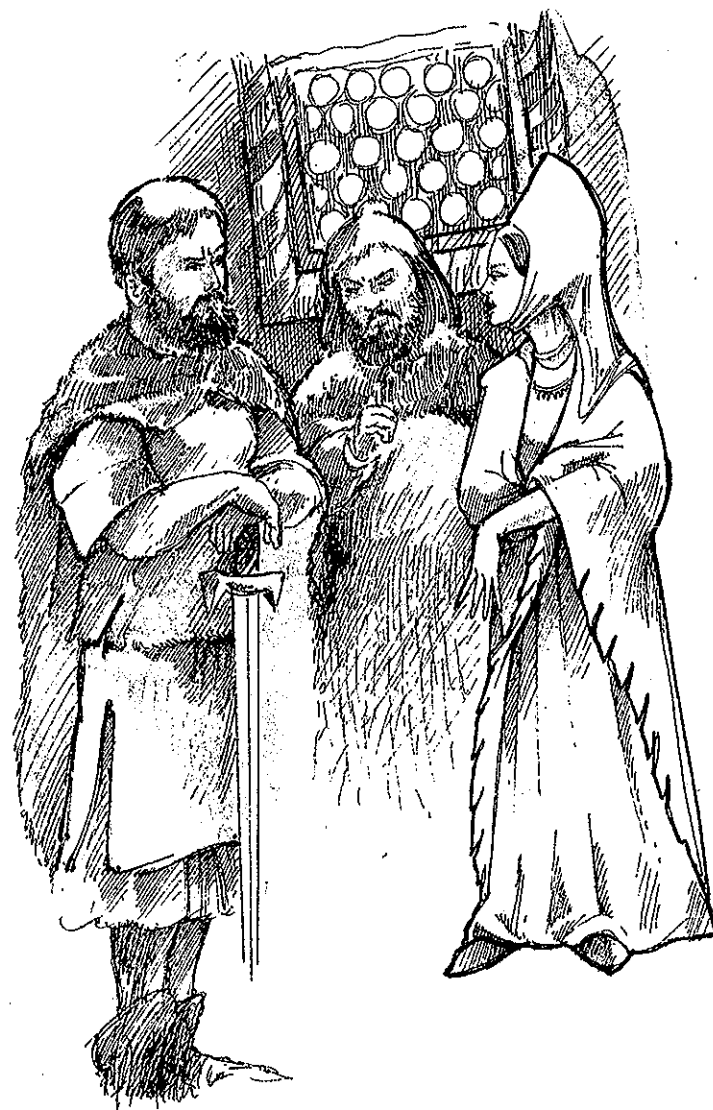
-Madásima: guardad el libro e id por los refrigerios -pidió a su doncella.

Los caballeros, con sus ropas manchadas y cubiertas de sudor, bebieron con entusiasmo las copas de vino que les ofrecieron. Y luego de unos momentos de agitada conversación, inquirieron a grandes voces si había noticias del dueño de casa, del que se habían separado temprano en la mañana.

Al oír esto, el corazón de Altisidora dio un brinco: el sueño de la noche anterior golpeó su mente y en forma instintiva llevó su mano al crucifijo que colgaba de su pecho.

-¿Qué os sucede? -preguntó Madásima al advertir la repentina palidez de su señora-. Tal pareciera que habéis visto un fantasma.

Altisidora no respondió: con los ojos cerrados elevaba una plegaria. Permaneció así



durante unos minutos, y luego, poniéndose de pie, se dirigió hacia los huéspedes con resolución:

-Caballeros: la tarde llega a su fin y Esplandián aún no regresa. Es extraño que estando vosotros aquí la caza lo haya entretenido tanto. Yo conozco muy bien a mi hijo, y mi corazón no se equivoca al pensar que está en dificultades.

Los caballeros Galaor y Darinel se miraron, dubitativos.

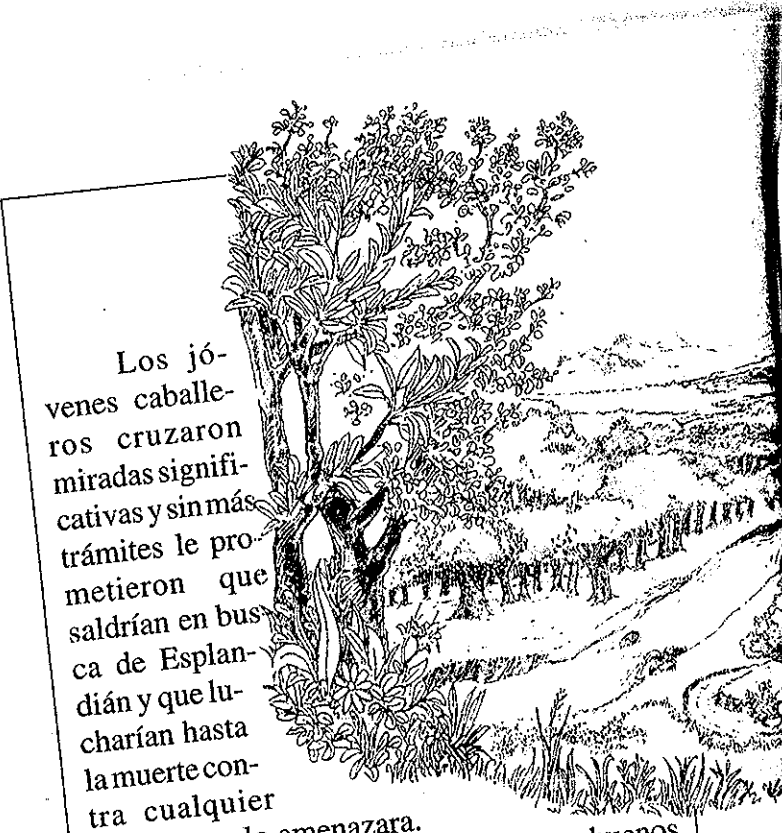
Altisidora continuó, exaltada. Sus ojos pardos mostraban una angustia contenida:

-No penséis que éstas son las palabras de una madre sobreprotectora. Si Esplandián no ha vuelto aún, es porque algo lo ha detenido en su camino. Y no es que desconfíe de su destreza y fuerzas; al contrario, porque conozco su intrepidez, me preocupo tanto...

-Tranquilizaos, señora. Galaor y yo saldremos en su búsqueda. Aunque os aseguro que su demora sólo se debe a un magnífico jabalí que no le ha dado tregua -dijo Darinel, alegre.

-O a un escurridizo ciervo -siguió Galaor.

-O a una quejumbrosa doncella en peligro -terció Altisidora, repentinamente taciturna.

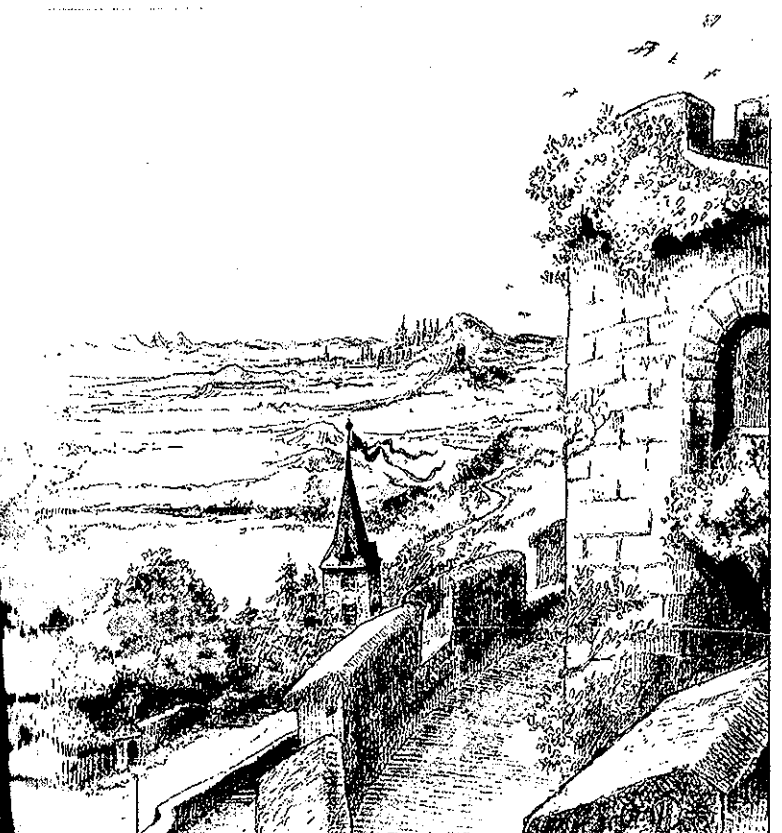


Los jóvenes caballeros cruzaron miradas significativas y sin más trámites le prometieron que saldrían en busca de Esplandián y que lucharían hasta la muerte contra cualquier peligro que lo amenazara.

-Que la Virgen María os ampare, buenos amigos -fue la despedida de Altisidora.

Esplandián despertó con el repugnante cosquilleo de unos dientecillos sobre su piel. Se incorporó, adolorido, y sus movimientos ahuyentaron a los roedores. Sintió una punzada en el estómago y se preguntó con angustia si su captor lo dejaría morir sin ni siquiera un vaso de agua.

En ese momento y con un ruido de



goznes, la pesada puerta se abrió y la oscuridad del calabozo fue alumbrada débilmente por la luz de un candil. La figura de Miulina, pálida y temblorosa, se recortó bajo el umbral. Más que una joven doncella parecía un espectro venido del más allá.

-¿Habéis venido con algún mensaje de ese maldito al que simuláis temer? -gritó Esplandián desde su rincón, sintiendo renacer toda su furia.

-Tened por seguro, señor, que estáis equi-

## Los trovadores: poetas del amor

Los *trovadores* eran poetas, autores de la música y letra de las canciones interpretadas por los juglares. Eran hombres cultos, con conocimientos musicales y literarios. Debido a que ganarse la vida como trovador era muy difícil, estos hombres por lo general terminaban sus días como funcionarios en alguna corte, o en algún monasterio trabajando de copistas de manuscritos.

Pero no todos los trovadores eran pobres: los hubo también

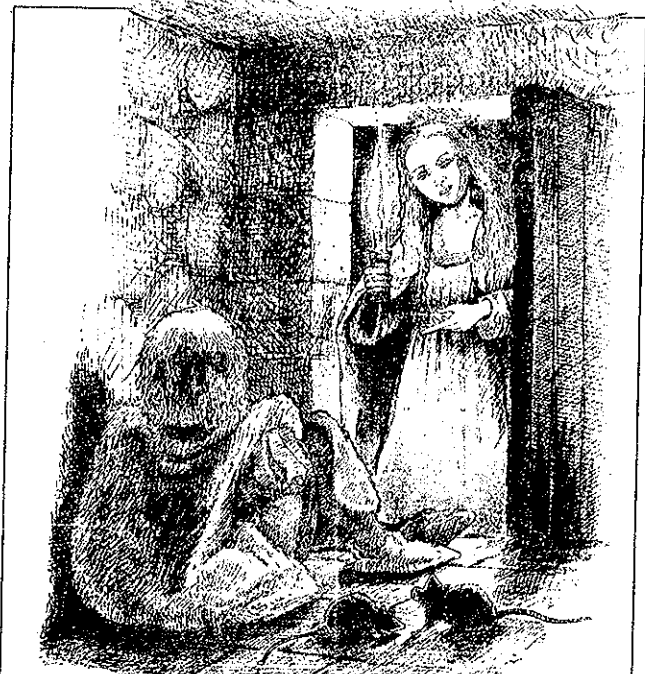
reyes y príncipes, como Ricardo Corazón de León o Guillermo de Poitiers, duque de Aquitania.

También hubo un conocido trovador que era mujer: *La condesa de Día*. Dice su biografía que estuvo enamorada del trovador Raimbaut de Arenga.

La poesía de los trovadores ha llegado a nosotros a través de los *cancioneros* y por lo general es un canto a la mujer amada:

*"Es más blanca que el marfil  
por lo que a otra no adoro.  
Si en breve no recibo el auxilio  
de que mi buena señora me ame,  
moriré, por la cabeza de San Gregorio,  
si no me besa en cámara o bajo rama".*

(Guillermo de Poitiers, 1071-1126)



vocado- respondió ella, acercándose-. ¿Qué otra cosa me quedaba sino obedecerle? Ahora que conocéis su violencia, comprenderéis el temor que le tengo.

-Pudisteis, al menos, advertirme que esa espada tenía un embrujo. ¿No seréis vos acaso el espíritu de Melusina, el hada de los castillos? ¡Mirad mi mano, que aún sangra y mancha la soga que vos misma facilitasteis!

Miulina, sin hacer caso de las violentas palabras del prisionero, prosiguió:

-No perdamos el tiempo en discusiones, caballero. Bastante he llorado ya a solas por mis

## Melusina: el fantasma de los castillos

*Melusina* es la mujer legendaria de las novelas de caballería. Era el fantasma de la familia de los Lusignan, que aparecía en la torre del castillo dando lúgubres gritos, cada vez que un Lusignan iba a morir.

La leyenda cuenta que Melusina, un hada de extraordinaria belleza, prometió a Raimondin de Lusignan que haría de él el hombre más importante del reino si accedía a casarse con ella, pero le impuso una condición: nunca debería entrar en su cuarto los

días sábados. El aceptó, se casaron, tuvieron varios hijos y fueron muy felices hasta el sábado en que Raimondin, llevado por la curiosidad y los celos, espía a su mujer por la cerradura de la puerta. Entonces descubrió, espantado, que Melusina —quien se estaba bañando— tenía la mitad del cuerpo transformado en serpiente.

Melusina, sintiéndose traicionada, huyó dando unos gritos desgarradores hacia la torre del castillo. Luego desapareció.



desgracias y las tuyas. Habéis de saber que las intenciones de mi padre son las de manteneros encerrado aquí, sin agua ni comida, hasta que la muerte os asista. Es lo que ha hecho muchísimas veces con innumerables huéspedes.

-¿Y qué razones lo mueven para actuar de esa manera? -preguntó Esplandián, aún enardecido.

-Es una terrible historia: dicen que una hechicera que odiaba a mi abuela le lanzó un maleficio el día de su nacimiento. Debido a esto, a medida de que fue creciendo, crecía también su violencia. Cientos de veces los sacerdotes vertieron sobre él agua bendita y pronunciaron oraciones. Dicen que a esos exorcismos\* se deben sus períodos de calma; pero cuando sus demonios invisibles regresan, se transforma en un ser cruel y despiadado que actúa sin razones. Un vino rancio o una cota\* mal bruñida, pueden dar pie a sus explosiones de ira. Ni perros ni personas se libran de su furia en esos momentos. Mi madre murió agobiada por la visión de sus desmanes y crímenes; y en cuanto a mí, ésta es la primera vez que me atrevo a burlar sus órdenes.

-¿Y qué hice yo para desencadenar su

## La Iglesia y los Hospitales de Dios

Los hombres más sabios de la Edad Media se encontraban en la Iglesia. Todo lo que se conserva de las obras maestras de la literatura procede de manuscritos copiados por los monjes, y lo que se sabe de historia medieval es por crónicas escritas en los monasterios, tanto de hombres como de mujeres. Estos monjes copistas fueron llamados *amanuenses*.

Toda la enseñanza en la Edad Media estaba a cargo del clero: los sacerdotes en las parroquias y los monjes en los monasterios.

De estas escuelas saldrían en el siglo XIII las primeras universidades.

La Iglesia era también en la época el auxilio de pobres y enfermos. Se fundaron varios hospitales o *Casas de Dios*, a cargo de sacerdotes y monjas.

También la Iglesia hacía de Registro Civil: cada vez que bautizaban a un niño, anotaban sus datos y la fecha de la ceremonia. Esos libros de registro son hoy una importante fuente de información de la época.



odio? -la interrumpió Esplandián, sobrecogido.

-La visión de mis brazos en vuestro cuello, cuando nos encontró -respondió ella, en un súbito sonrojo.

-¡Que Dios me asista! ¡Qué hombre más desquiciado! Si vuestras palabras son ciertas, también vos corréis peligro.

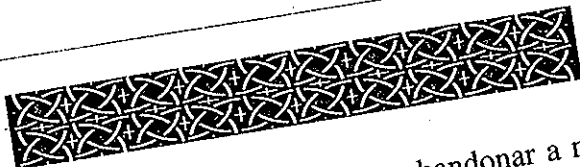
-¡Dejad que os desate! -exclamó Miulina, depositando en el suelo el candil y procediendo a deshacer los nudos.

Minutos más tarde caminaban a través del largo pasillo. Cuando una puerta les bloqueó el paso, ella susurró :

-Aquí está la escalera que os llevará al patio de las caballerizas. Allí encontraréis vuestras armas y cabalgadura. Es de esperar que tengáis tiempo para cruzar el foso antes de que los guardias den la voz de alarma. ¡Que Dios os proteja, caballero! ¡Idos!

-A fe mía que no me iré sin vos. ¿Cómo podría dejar aquí a la desventurada joven que, arriesgando su vida, me ha librado de una muerte sin gloria? Vendréis a mi casa donde mi madre os cuidará con celo hasta que los colores reaparezcan en vuestras mejillas.

-Ese sería mi más caro anhelo, señor.



Pero he recapitado y temo abandonar a mi padre...

- ¡Qué decís, bella amiga! Después de haberme liberado, vuestro único camino es seguirme. Si permanecéis aquí, ese hombre loco os matará sin piedad.

-Si huyo nos perseguirá...-balbuceó ella- Y su furia será aún mayor.

-¡Os defenderé con mi vida, gentil Miulina, y os llevaré a salvo hasta mi castillo! -exclamó, exaltado.

-Si me atreviera...

-¡Por el Dios que me dio el alma! No lo penséis más y andando, antes de que sea muy tarde.

Dicho esto, Esplandián cogió a Miulina de un brazo y la arrastró escaleras arriba, hacia los establos.

Tal como había anunciado la doncella, allí estaban su caballo, su espada y sus armas de caza. No se veía a nadie en los alrededores. Ensilló con destreza al animal y unos minutos después ambos cruzaban al galope el puente tendido sobre el foso.

Tan sólo se habían alejado unos metros del puente levadizo cuando las cornetas, a sus



espaldas, dieron la voz de alarma. Miulina, sentada frente a Esplandián y rodeada por uno de sus brazos, se estremeció al escuchar la llamada.

-Ya nos descubrieron: estamos perdidos -gimió.

El caballero sintió como el delgado cuerpo de la joven temblaba, y dando más rienda a su caballo, lo apuró con las espuelas.

La persecución ya estaba en marcha. El galope furioso de tres caballos crecía tras ellos. Pese a la doble carga que soportaba en su lomo, el animal de Esplandián volaba sobre el rocoso terreno y en unos minutos alcanzó el lindero del bosque. Se internaron en la espesura, siguiendo el mismo camino que tan sólo unas horas antes había recorrido el caballero de Blanquefort en dirección contraria.

Ya había caído la tarde, y el animal, quizás debido a la doble carga, quizás debido a las sombras reinantes o a una mala jugada del destino, tropezó en forma abrupta. El hocico de la bestia tocó la tierra y Esplandián no alcanzó a retener el cuerpo de la joven, que cayó con violencia.

El caballero de Blanquefort se apeó de un

salto. Pero Miulina ya se levantaba y Esplandián, viendo que ella no estaba herida, revisó a toda prisa las patas delanteras de su caballo:

-¡Maldición! Este pobre animal se ha torcido la pata. No podremos seguir...

-¿Qué haremos? ¡Ya vienen! -gimoteó la doncella, aferrando con desesperación el brazo del caballero.

-Escondéos tras esos árboles y no hagáis ni el menor ruido -ordenó Esplandián.

Cuando vio desaparecer en la espesura el brillo de su vestido, desenvainó su espada y se aprestó a resistir.

Un ruidoso batir de alas presidió al de los caballos de sus perseguidores: un halcón blanquinegro sobrevolaba en un amplio círculo por sobre la cabeza de Esplandián y a los pocos segundos descendía en picada, directo a su rostro.

"Cuídate de un vuelo gris", creyó volver a escuchar... Y aunque un cazador como él jamás levantaría su arma contra tan preciada ave, instintivamente apuntó el filo de su hoja hacia lo alto.

Un graznido feroz hizo temblar a Miulina



tras el árbol, mientras Esplandián, con una violenta sacudida, desprendía el cuerpo inerte del halcón atravesado por su espada.

Justo a tiempo, porque ya tres jinetes irrumpían frente a él. Iban armados como para el combate: cota de mallas, calzas de hierro, yeimos\*, escudos y lanzas. Formaban un ejército completo frente a un pobre hidalgo a pie, que sólo disponía de su valor y de su espada.

-¡Desmontad y pelead como un valiente! -gritó Esplandián, dirigiéndose al Caballero Gris-. Esta es una justa y no un torneo. ¿O acaso teméis enfrentarme sin ventajas?

Electer lanzó una risotada y luego respondió, burlón:

-¡Pensáis, por ventura, que vuestro brazo vencerá al mío? ¡Os ensartaré con el filo de mi arma, como vos lo habéis hecho con mi halcón!

-¡Golpea ya, hombre feroz, os entretenéis demasiado amenazando!

El Caballero de Gris lanzó un grito, espoloneó el caballo y apuntó su lanza, arremetiendo con ímpetu.

Pero Esplandián fue más rápido: saltó hacia un lado y salió así del estrecho campo de visión que el yelmo permitía a su enemigo. Dejó que éste se adelantara y asestó con su espada un fuertísimo golpe al caballo en su grupa. El animal, aguijoneado por el dolor, corcoveó varias veces, y el Caballero Gris y su pesada armadura




Los otros dos jinetes, que observaban la acción unos metros más atrás, se abalanzaron al galope. El Caballero Gris ya se ponía de pie y gritaba con furia:

-¡Alto! ¡Dejádmelo a mí! ¡Lo mataré como a un cerdo!

Esplandián y el Caballero Gris, ahora los dos de pie, se midieron en silencio.

El primero en levantar su espada fue el caballero de Blanquefort.

Sin armadura, sus mo-



vimientos eran ágiles. Blandió el acero y se abalanzó como un relámpago que atrapa al viento sobre su enemigo, pero éste recibió el golpe sobre el escudo que colgaba de su tiracol\* y respondió con una certera estocada.

Esplandián sintió un dolor agudo en su pierna. Pese a esto, tomó su espada con las dos manos y la dejó caer con violencia sobre el hombro de su contrincante. El Caballero Gris trastabilló, y Esplandián, empleando toda su fuerza, le asestó un golpe brutal sobre el casco, y éste se hundió sobre su cabeza. Elector se tambaleó, semiaturdido. Aprovechó entonces Esplandián para levantar el faldón de su loriga\* y atravesarle el costado con el filo de su hoja. Lleno de ira hacia aquel que tanto mal había hecho, no lo soltó hasta que sus piernas se doblaron y la muerte arrebató su alma.

Un grito le recordó que los acompañantes del Caballero Gris estaban a sus espaldas. Levantó la espada cubierta de sangre, y se dio vuelta. Pero ya era tarde. Sólo alcanzó a vislumbrar un rápido movimiento acerado y algo durísimo golpeó su nuca.

El caballero de Blanquefort cayó sin sentido al suelo.

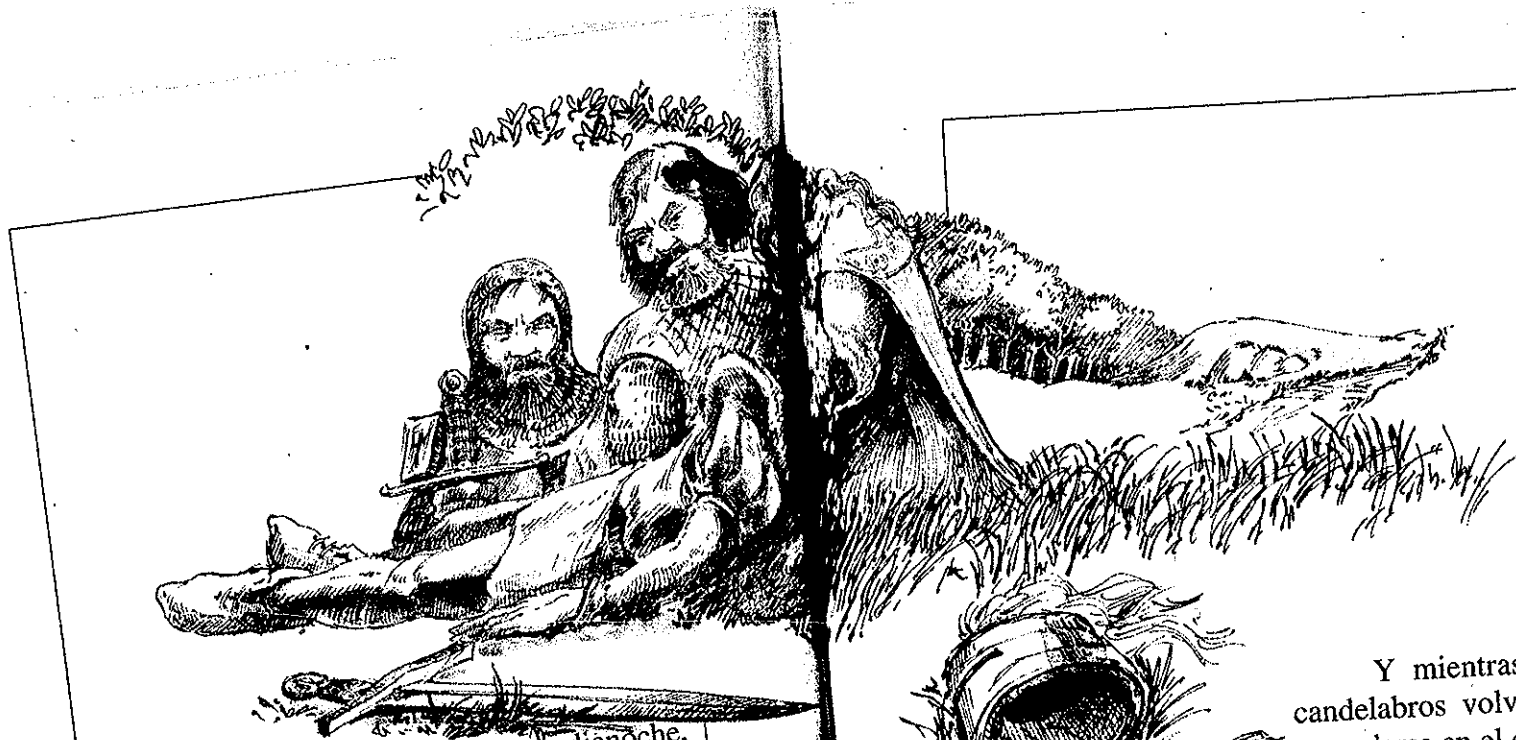


Y cuando un brazo se levantaba, listo para asestar una estocada mortal sobre el cuello de Esplandián, una certera lanza lo inmovilizó.

Los caballeros Galaor y Darinel habían llegado a tiempo.

Desde ese momento sólo se escucharon imprecaciones, gritos y fragor de espadas. Volaban las lanzas, hechas astillas, y las mazas golpeaban con ímpetu el duro metal de los yelmos. Cuatro jinetes y cuatro caballos se trenzaban en una lucha sin cuartel. Fuertes golpes se asestaban en los escudos y los extremos de hierro de las armas traspasaban lorigas y levantaban carnes. Se golpeaban con tal fuerza y con tal ira, que pronto no quedó caballo en pie. Finalmente, cuando el oscuro bosque volvió a quedar en silencio, tres hombres yacían muertos y la sangre brotaba por doquier.

Los caballeros Galaor y Darinel, exhaustos, con sus calzas y lorigas destrozadas y teñidas de rojo, corrieron entonces hacia donde estaba tendido de bruces Esplandián de Blanquefort. Pero Miulina los había precedido y con amorosa solicitud trataba de reanimarlo.



Aunque ya estaba cercana la medianoche, Altisidora seguía velando. Sus dedos no se cansaban de recorrer las cuentas del rosario. Madásima dormitaba junto al fuego y el resto de la servidumbre ya se había echado sobre sus jergones, pero ella permanecía vigilante, atenta al menor ruido.


De pronto escuchó el débil quejido de un cuerno y el chirrido del puente al bajar. Las puertas del castillo se abrieron de par en par sobre sus goznes. Altisidora se santiguó y poniéndose de pie despertó a todos los durmientes.

-¡Ya vienen! ¡Encended luces y atizad el fuego! ¡Escanciad el vino! ¡Rápido, moveos, holgazanes!



Y mientras los candelabros volvían a encenderse en el castillo de Blanquefort y los adormilados sirvientes corrían obedeciendo las órdenes de su ama, un maltrecho Esplandián aparecía en la estancia. Tras él venían Miulina y los dos huéspedes.

Luego de que Altisidora abrazó a su hijo y tranquilizó su espíritu, la joven habló:  
-Señora: sabed que siento gran tristeza y dolor por lo que ha ocurrido, ya que todo ha sido mi culpa. Vuestro hijo ha expuesto su vida por salvar la mía y me complazco en deciros que no



hay caballero más valiente que él.


Al oír estas palabras, Esplandián replicó vivamente:

-Hermosa y dulce amiga: no digáis eso. Si no hubiese actuado como lo hice, jamás recuperaría mi honor. Y mal podría llamarme caballero, si no reconociera la ayuda que me prestaron quienes son mis huéspedes. Galaor y Darinel detuvieron la espada que caía sobre mi cabeza y libraron una heroica batalla mientras yo permanecía sin sentido sobre la hierba.

-Pero antes vencisteis -tan sólo con una espada en tu diestra herida- a un hombre a caballo y aperado para la guerra -le contestó Darimel-. Esa proeza no la acomete cualquier mortal.

-Amigo Esplandián: recuperaos pronto y uníos a nuestra causa -continuó entonces Galaor-. Caballeros como vos son los que necesita nuestro rey para combatir a los infieles.

-No habléis más de batallas por ahora -saltó Altisidora. Y cogiendo a Miulina por los hombros, añadió, con una sonrisa-: Leo en vuestros ojos, bella niña, un pasado muy triste. Mas, de ahora en adelante, las paredes de Blanquefort serán para vos protección y dicha:



también sé leer el amor en las miradas.

Y en tanto los músicos cogían sus flautas y laúdes, los sirvientes cortaban trozos del buey asado que los esperaba desde temprano. Así, con alegría, cantos y comida en abundancia, celebraron hasta la madrugada. Y no hubo esa noche, en todo el castillo, quien no se admirara oyendo el relato de las hazañas de Esplandián y sus amigos.

Tiempo después el castillo volvería a encenderse de luces, música y canto para celebrar los esponsales de Miulina y Esplandián.

Y muchos años más tarde, los juglares cantarían las hazañas de Esplandián, caballero andante, que murió con una cruz en su pecho por la gloria de Dios y el honor de Francia:

*Sintió Esplandián que de muerte  
estaba herido,  
sintió sobre él los ojos negros del pagano.  
Yace tendido sobre la tierra, Tierra Santa  
y presente que del pecho escapa el alma.  
Siente Esplandián que le angustia  
la muerte,  
en la cabeza los ojos se le vuelven.  
Pierde el oído, toda vista pierde,*

## La leyenda del Santo Grial

El *Santo Grial*, según las leyendas medievales, era el cáliz de la Última Cena y el mismo que recogió la sangre de Cristo luego de la Crucifixión. Este cáliz místico había sido llevado desde Palestina a una región misteriosa y lejana de Europa. Estaba tallado de una sola esmeralda y de él manaba un manjar prodigioso e inagotable, que procuraba a quien lo bebía una fuerza extraordinaria, una vida eterna y grandes poderes espirituales.

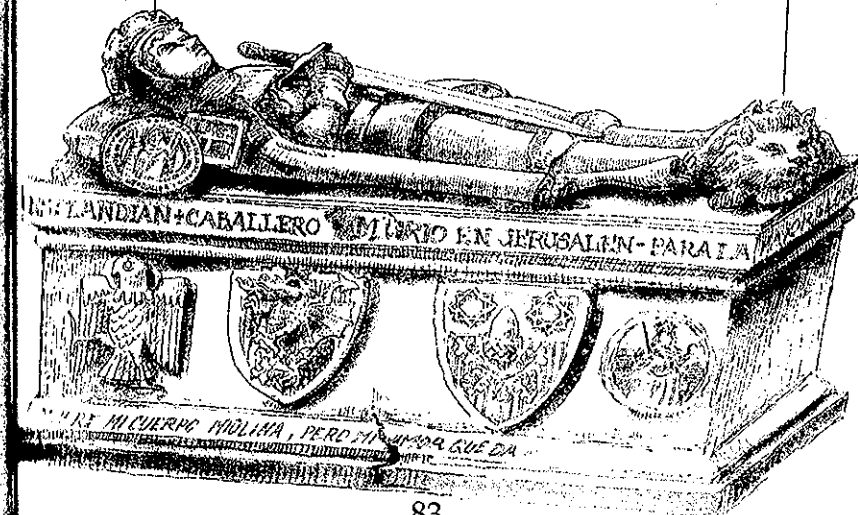
Los caballeros que partían en la búsqueda del Santo Grial tenían que ser, además de valientes, espiritualmente puros, pues sólo lo alcanzaba el que poseía un corazón sin mancha. Según la leyenda, el único que llegó a él


fue *Galaad*, uno de los *Caballeros de la Mesa Redonda*, pero cuando lo hizo fue arrebatado al cielo, llevándose consigo el precioso cáliz.

Intimamente relacionados con las leyendas del Santo Grial se hallan los nombres de varios personajes legendarios medievales, tales como *Parsifal*, *Tristán*, *Lohengrin*, *Lanzarote del Lago* y *Merlín el Mago*. Este último fue un poeta y hechicero gracias a quien el *rey Arturo* llegó al poder. Se dice que era hijo de un demonio y de una virgen, aunque se consagró a Dios y nunca dejó de ser un buen consejero para el rey. Merlín el Mago tuvo un importante papel en la búsqueda del Santo Grial.



*de sus pecados se excusa con voz fuerte.  
Al paraíso pide a Dios que lo lleve  
y que a Francia y a su rey las  
bendiciones lleguen.  
El corazón le falla, el yelmo pierde.  
Contra la tierra todos sus miembros  
ceden.  
Mas no cede el recuerdo que al  
castillo regresa:  
muere mi cuerpo, Miulina, pero  
mi amor queda.*





## Glosario de palabras medievales

- Calzas*: prenda ajustada de lino o algodón, que cubría muslo y piernas.
- Tiracol*: correa con la que el escudo se colgaba del cuello.
- Loriga*: armadura hecha de escamas de metal, que cubría el pecho y muslos.
- Yelmo*: casco de metal que cubría la cabeza y a veces también el rostro.
- Jubón*: vestidura que cubría desde los hombros a la cintura, ceñida al cuerpo.
- Carcaj*: funda de cuero en la que se guardaban las flechas para la caza.
- Alquimia*: arte con que se pretendía transformar los metales en oro y encontrar el elixir de la eterna juventud.
- Exorcismos*: ritos y oraciones para alejar al espíritu maligno.
- Cota*: vestidura de cuero y metal, a modo de armadura.
- Tributos*: obligación de los villanos de entregar al señor cierto número de cereales, lanas, cerdos, pollos o dinero.
- Villanos*: campesinos libres, que cultivaban las tierras del señor a cambio de ciertos tributos.
- Siervos*: campesinos que dependían totalmente del señor y no podían abandonar sus tierras.
- Gerifalte*: halcón de las zonas heladas del norte de Europa.



Ave escasa y muy cara, pues su captura era difícil. Era por excelencia el pájaro de los príncipes.

*Gesta*: conjunto de hechos memorables de algún personaje. En la Edad Media fueron famosas las canciones de gesta, tales como La canción de Rolando, que relata las hazañas de los caballeros francos sitiados en Roncesvalles.



## Para saber más sobre la Edad Media

*Un castillo antiguo*, de Robert Graves, Ediciones Alfaguara, Madrid.

El conocido novelista, poeta e historiador inglés escribió esta obra especialmente para los niños. Ella transcurre en un castillo medieval deshabitado, donde los protagonistas deben descubrir un enigma.

*Los caballeros del rey Arturo*, Editorial Acme, Buenos Aires.

La leyenda del rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda transportará al lector al mundo fascinante y mágico de la caballería. Inolvidables resultarán los personajes de Lancelot del Lago, Galaor, la reina Ginebra, el mago Merlín, y también las aventuras en busca del Santo Grial.

*El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes, en cualquiera de sus ediciones.

Nadie debería dejar de conocer las aventuras del genial Quijote de la Mancha y de su escudero Sancho Panza. El Caballero de la Triste Figura, montado en un flaco y huesudo caballo —Rocinante—, combate con enemigos

con fidelidad, costumbres y ambientes de la época. Complementan a estos cuentos, textos ágiles y amenos que informan al lector sobre el periodo histórico tratado en la obra.

Ambas escritoras han sido publicadas individualmente tanto en Chile como en el extranjero.

Ana María Güiraldes tiene tres libros de cuentos para adultos, entre los que destaca *Cuentos de soledad y asombro*. Y entre sus cuentos para niños están *La ratita Mari-ta*, *El mono buen mozo*, *La Pata Patana* y *Animales, animalitos y animalotes*. Güiraldes ha publicado también dos novelas: *Un embrujo de cinco siglos* y *El castillo negro en el desierto*.

Jacqueline Balcells, por su parte, ha publicado una novela *-El país del agua-* y varios libros de cuentos; entre éstos *El niño que se fue en un árbol*, *El archipiélago de las puntuadas*, *La hacedora de claros* y *Cuentos de los reinos inquietos*.

Por otra parte, la nouvelle *El polizón de la Santa María*, de Balcells, y *Un embrujo de cinco siglos*, de Güiraldes, pasaron a formar parte de la Lista de Honor que cada dos años otorga el IBBY Internacional.

En 1985 *El nudo movedizo*, de Güiraldes, obtuvo el Premio Municipal de Literatura; y recientemente, el cuento *Leo contra Lea*, de Balcells, el trofeo Bonnemine d' Or, otorgado anualmente en Francia por Bayard Presse.



## Francisco Ramos

Nacido en Santiago de Chile, en 1954, Francisco Ramos es un pintor e ilustrador de exitosa trayectoria.

Tras haber hecho estudios de arquitectura y licenciatura en arte en la facultad de Arquitectura y en la facultad de Artes de la Universidad Católica de Chile, se especializó en dibujo científico al integrar el equipo de ilustradores de la revista *Expedición a Chile* (1977). Para ello recorrió ese país de norte a sur.

Entretanto, y desde 1973 hasta hoy, ha trabajado activamente como diseñador e ilus-

trador en varios Organismos no Gubernamentales (como las Iglesias Católica y Luterana) y en la edición de materiales educativos para UNICEF, FAO y algunos ministerios (de Educación, Salud, Hacienda).

Durante los años 1979 a 1982 participa en el montaje de la Feria Altiplano organizada por la Corporación Nacional Forestal (Chile).

Ramos ha colaborado también como dibujante en las revistas *Paula* y *Clan*, y ha ilustrado obras infantiles y juveniles para diversas editoriales chilenas.

Asimismo, en el terreno de la ilustración científica, ha trabajado para las Universidades de Chile, Católica y de Concepción.

Como pintor, ha participado en exposiciones colectivas e individuales, y ha viajado por varios países de América, Europa y África.

También ha dedicado un tiempo a la docencia en las facultades de Arquitectura y de Artes de la Universidad Católica de Chile.